

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIAÍSTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988
GIJÓN

EL CARPINTERO DE NAZARET

Era un sábado en las primeras horas de la mañana. Un caminante con el báculo en su mano y la túnica levantada hasta la rodilla se dirigía por una de las calles de Jerusalén al templo del Señor. Su rostro, que tenía el candor de la inocencia, y su aire recogido, le daban el aspecto de un peregrino de los que frecuentemente visitaban el único templo que el Dios vivo tenía en toda la tierra. A la entrada del atrio le detuvo un levita preguntándole:

—¿A dónde va el buen caminante?

—Al templo del Señor para cumplir la orden del gran Sacerdote.

—¿Sois de la tribu de Judá?

—Y de la familia de David.

—Pues entonces dadme esa vara.

El viajero entregó respetuosamente su báculo sin manifestar curiosidad de saber el por qué, y por otra parte sin extrañeza, puesto que la orden del Pontífice era que se presentase con su vara en el templo del Señor. El levita continuó:

—¿Cuál es vuestro nombre?

—José, hijo de Jacob.

—¿Sois pariente de María, hija de Joaquín?

—Pariente muy cercano.

—¿Y tenéis esperanza de que el Señor os elija por esposo de esta admirable doncella?

—¿Qué decís? ¿Yo su esposo? ¡No es posible!

—¿No es posible? ¿Y por qué?

—Porque estoy ligado con un voto que me imposibilita de aceptar por esposa a mujer alguna.

—No entiendo vuestras palabras, hijo de Jacob; pero si el Señor se digna manifestar vuestra elección por medio de un prodigio semejante al que obró para elegir a nuestro padre Aarón, ¿rehusaríais acaso aceptar esta preciosa joya, digo, la doncella más virtuosa de las que se educan en el templo?

—No continuéis; soy polvo y ceniza, indigno de que el Señor fije sus ojos en mí.

Los interlocutores atravesaron el atrio de los gentiles y penetraron en el atrio de los hijos de Israel; donde los habitantes de Jerusalén se iban reuniendo en mayor número que el de costumbre, unos para satisfacer su devoción, otros su curiosidad. Separados del pueblo ha-

bía algunos jóvenes que manifestaban en su exterior más interés y aun más impaciencia por el resultado de aquellos preparativos tan nuevos y desusados. Eran los pretendientes a la mano de María.

El levita señaló a José el lugar que debía ocupar durante el sacrificio, y llevándose la vara, la colocó junto con todas las demás ante el Santo de los Santos. Poco después empezaba el sacrificio.

Si José hubiese fijado su vista en sus competidores, hubiera podido descubrir en el rostro de cada uno de ellos una confianza completa en el triunfo que esperaban de sus prendas personales. Quien se había presentado con una túnica de riquísima tela y con el ceñidor bordado de oro y cuajado de perlas, para cuya adquisición había sentido más de una vez en su frente la brisa del mar y el viento del desierto. Quien confiaba en el brillo de las armas, profesión que se echaba de ver tanto en la corta espada que de su cinto pendía, cuanto en la arrogancia de continente, que en todos los países y en todos los tiempos es el distintivo de los hijos de la guerra.

Delante de todos, de pie, y bastante separado para no contaminarse con aquellos pecadores y publicanos, había un joven que tenía el rostro demacrado por los ayunos y la frente levantada por la soberbia; arrastra con fausto su manto, en cuya orilla se veían algunos caracteres bordados de oro, ininteligibles para el vulgo profano, pues eran máximas de virtud altísima que la mente del joven sabio había descubierto tras largos desvelos y vigilias. Era fariseo. No viendo entre los hijos de David otro alguno de su profesión, no trataba de ocultar la convicción íntima que tenía que ser escogido de Dios por esposo de la bella María.

Durante el sacrificio todos oraban a su modo. El guerrero ofrecía consagrar al Señor, caso de ser elegido, el mejor despojo en todas sus batallas; los ricos mercaderes prometían sacrificarle víctimas a millares; el fariseo se concretaba en recordar al Señor que no era ladrón, ni adúltero como los miserables que estaban detrás de él; José, postrado a la presencia del Señor, le adoraba desde el fondo de su corazón, sin sospechar ni remotamente que reca-

yese sobre él una elección cuyas consecuencias no podía medir por entonces.

Desde otro departamento asistían al sacrificio las doncellas del templo formando semicírculo alrededor de María, radiante de belleza y de amor divino, y completamente tranquila por su suerte, que había puesto en manos de Dios.

Terminada la ceremonia sagrada, el Sumo Sacerdote entró en el santuario seguido de otro levita; los momentos eran supremos; todos los corazones palpitaban con violencia, todos menos el de María, que estaba en dulce éxtasis de amor, y el de José, que estaba absorto en su humildad, muy ajenos uno y otro de lo que sucedía en torno suyo.

Apareció, por fin, el Pontífice con una vara, que había reverdecido y dado una flor blanca y pura como la inocencia del joven Carpintero. El levita distribuyó las restantes entre los otros competidores, que reconocieron cada uno la suya, no sin mordirse los labios de despecho. Es fama que el fariseo rompió la suya con mal disimulado enojo, sin reflexionar antes si faltaba con esto a la ley del Señor, siendo como era día de sábado.

José continuaba enajenado en la presencia de Dios, hasta que el Sumo Sacerdote le presentó su vara. Al ver el prodigio que en ella había obrado el Señor, su cabeza se desvaneció, sus ojos se ofuscaron, y hubiera caído en el suelo si el levita no le hubiera sostenido; al volver en sí pronunció estas palabras: «Señor, ya que así lo queréis, hágase en mí según vuestra voluntad».

El Sacerdote tomó la mano izquierda al humilde José, que llevaba en la diestra la vara milagrosa, y le condujo a la presencia de María, notificándole la elección de Dios. Los dos jóvenes levantaron modestamente sus ojos, sus miradas se encontraron por un momento, y sus corazones se comprendieron.

—¡Hermano!

—¡Hermana!

Fueron las palabras que se cruzaron y que nadie de los presentes comprendió sino los dos desposados, y Dios que los unía.

Los judíos no podían darse cuenta de que la elección hubiese recaído en el Carpintero de Nazaret, cuando había en el linaje de David jóvenes tan ilustres.

José recordaba que el Señor hizo florecer en el desierto la vara de Aarón, para manifestar que éste debía ser el custodio de la Arca santa; y al mismo

tiempo que el sacerdote Oza fué castigado con la muerte porque extendió temerariamente hacia ella su brazo.

N. B.

¿Cantidad o calidad?

Más de una vez he oído a escritores y periodistas quejarse de los pocos libros que en España se escriben en comparación con otros países europeos y americanos, y de lo poco que aquí se lee, considerando el caso como un signo de atraso mental y de incultura.

Me permito disentir de semejante opinión. Medir el nivel cultural de una nación por el número de libros que se escriben o por el tanto por ciento de habitantes que saben leer y escribir es tan absurdo como calcular la riqueza de un millonario por las piezas de calderilla que lleva en el bolsillo del pantalón.

En cualquier nación de Europa, por pequeña e insignificante que sea, se escriben hoy más libros en una semana que se escribieron en la antigua Grecia en los ocho o nueve siglos de su Historia. Y a ver si esa nación ni todas las de Europa juntas pueden ufanarse de haber hecho a la cultura una aportación tan brillante como la de los griegos.

En tiempos de Cervantes había en España muchísimos más analfabetos que ahora, sin comparación, y sin embargo, nunca el nivel cultural de España llegó tan alto como entonces, hasta el punto que en menos de un siglo pudimos aportar al acervo común de la cultura universal nombres como el de Garcilaso, Cervantes, Lope de Vega, Velázquez, Zurbarán, el Greco, Murillo, Ribera y otros más, sabios, literatos y artistas de primera categoría que han dado más fama a España que todos los millares de escritores y artistas que ha habido en los tres siglos posteriores.

La cantidad de libros que se escriben en una nación no significa nada para su cultura, sino la calidad de ellos; es decir, que el nivel cultural de una nación lo da la calidad, no la cantidad. Más aún: creo que la cantidad perjudica. «El hombre europeo —dice el escritor portugués Fadrique Mendes— vive hoy en una pálida y triste infección de banalidad causada por los cuarenta mil volúmenes que anualmente, sudando y gimiendo, Inglaterra, Francia y Alemania depositan por las encrucijadas, y que interminable y monótonamente reproducen con más o menos amaños las cuatro ideas o las cuatro impresiones legadas por la Antigüedad o por el Renacimiento».

Entrad en una biblioteca que contenga veinte mil volúmenes y estad seguros que diecinueve mil quinientos, por lo menos, daría igual que no se hubieran escrito. No dicen nada nuevo y no hacen más que repetirse machaconamente los unos a los otros, sin añadir un adarme al acervo cultural de la civilización. Pues entonces, ¿qué valor pueden tener esos libros para la cultura?

Hay quien cree que la cultura es cuestión de tinta nada más. Y no; la cultura es cuestión de ideas sobre todo y de creaciones de la fantasía; y en eso no tienen nada que envidiarnos seguramente otras épocas y otras civilizaciones, a pesar de las toneladas de libros que salen de nuestras imprentas y de los millares de cuadros y de esculturas que llenan las salas de nuestros museos de Arte Moderno. Para significar algo en la historia de la cultura no se precisa escribir muchos libros.

Cuando se habla de la cultura de una nación es muy frecuente echar mano de las estadísticas y calcular el tanto por ciento de analfabetos que hay en ella. Con ese procedimiento sacaríamos en conclusión que los países más cultos del mundo son Suiza y las naciones escandinavas. Y, sin embargo, ¿qué comparación tiene su aportación a la cultura universal con la de Alemania, Francia, Inglaterra, Italia o España, por ejemplo, donde hay bastantes más analfabetos que en aquéllas?

¿No conocen ustedes personas que saben leer y escribir y son verdaderas acémilas, y en cambio otras que por descuido de sus padres o por otras causas no aprendieron esas cosas, y a pesar de eso, en ingenio y hasta en conocimientos están muy por encima de muchos presumidos sabihondos? La cultura no entra sólo por los ojos: entra también por los oídos y hasta sale de adentro.

Por eso me parece una tontería quejarse de que en España se escriban pocos libros. Estaría más puesto en razón quejarse de que esos pocos libros sean malos.

Fr. Gumersindo DE ESCALANTE

O. F. M. Cap.

CHARLA

—¿Qué le parece, don Ramón, de lo revuelto que están esos mundos?

—Amigo, don José, en esos mundos estamos también nosotros incluidos.

—Pero esto es más tranquilo.

—Gracias a Dios. Y sin embargo están cambiando muchas cosas fundamentales y no se donde iremos a parar.

—Todo no se puede pedir.

—Pero un poco más de honradez y de sentido común, sí.

—Es cosa de los tiempos.

—El ser honrado es cosa de toda la vida y quien no lo es tiene en nuestro diccionario un nombre muy claro.

—La guerra trae siempre algo de desmoralización.

—Y eso no justifica la desvergüenza y la deshonestidad que vivimos. Parece que las virtudes ya no existen y que los hombres honrados van desapareciendo.

—Aun quedan.

—Pocos... y de los antiguos.

—Son semilla para el porvenir.

—Temo a la cizaña.

—El buen grano germinará siempre, tarde o temprano.

—Esa esperanza nos queda. Yo vivo sufriendo cada día una nueva decepción. Por todas partes se ven inmoralidades, negocios poco limpios, enriquecimientos rápidos de gentes que viven solamente de un empleo en un organismo de esos que surgen todos los días...

—El control, la administración, la economía dirigida, etc., etc.

—Todo eso no justifica el desbarajuste a que se ha lanzado todo el mundo que parece tener prisa por hacerse rico a cualquier costa.

—Tiene una explicación: los sueldos no bastan y las necesidades hay que cubrir las como sea.

—Pero si el caso es que quien más abusa no es el hombre casado que precisa cubrir el presupuesto mensual de la familia, sino el que vive bien, que precisa dinero para mantener sus vicios, no sus necesidades.

—Es posible. Puede ser que tenga usted razón.

—Claro que la tengo. Eche una mirada a tanto cargo más o menos importante como ha creado el laberinto de nuestra administración más o menos estatal y observará qué bien viven, aunque inexplicablemente de qué, muchos individuos de cuya inteligencia y honradez teníamos antes «muy buen concepto».

—Es usted algo duro, don Ramón.

—Y me quedo muy corto por respeto. Que si vamos a profundizar en lo que suavemente, para no hacer mal efecto, se quiere llamar ahora extracupo, y que en nuestro castellano claro se llama robar, nos echaríamos las manos a la cabeza de las cosas que se descubrirían y nos explicaríamos muchas cosas inexplicables en las vidas de algunos nuevos ricos que oficialmente viven de un sueldo.

—¿Y qué cree usted preciso para acabar con tanta ola de inmoralidad económica?

—No sé. Me temo que el ambiente está ya muy saturado de esta clase de microbios y nada se puede conseguir con una desinfección corriente.

—En todas las partes del mundo ocurre lo mismo.

—Y eso no lo justifica. La honradez cuesta trabajo, a veces, pero hay que llevarla adelante con toda clase de sacrificios.

—¿Cómo van a nivelar las deudas familiares muchos hogares?

—Limitando los gastos superfluos y las diversiones. Que como le decía antes, quien sostiene la inmoralidad en la economía es el vicio, no la vida familiar.

—¿A dónde cree usted que llegaremos en esta carrera desenfrenada de inmoralidades?

—Me figuro que a muy mal fin. Me acuerdo mucho de Sodoma y Gomorra. No sé por qué, pero no me las quito de la imaginación.

—¿Tan gran castigo cree usted que merece este pueblo?

—Claro que lo merece. Cuando deberían de estar postrados en tierra dando gracias a Dios, que les ha librado de tantos males, no hacen sino gozar, divertirse, abusar de su posición social, olvidar a los pobres, y tomar los actos

religiosos como actos oficiales, precisos al ambiente social en que viven.

—Entonces... que Dios nos coja confesados.

—Yo vivo preparado siempre, porque todos los días miro a lo Alto temiendo la catástrofe divina, que cansada de tanta comedia envíe fuego del cielo o un nuevo Atila que haga desaparecer esta generación que tiene a Dios en la boca y no lo tiene en el corazón.

—Sin embargo, hay una juventud muy buena que promete una época mejor.

—Ellos serán la semilla y la esperanza, porque nosotros ya nada representamos en la sociedad.

—Somos un símbolo.

—Para el caso que hacen de los símbolos en esta civilización que se tambalea.

—De las ruinas surgirá una civilización más justa y más pura que la que ahora se agota.

—Dios hará el milagro, porque de los hombres de esta época poco podemos esperar que sea bueno.

¿Qué piensa usted hacer entonces?

—Yo. Mirar al cielo todos los días y pedir a Dios que retrase hasta que me muera eso de Sodoma y Gomorra.

Don JUSTO

Nuestro reparto gratuito de periódicos en las escuelas de Gijón.

La prensa, arma poderosa de propaganda, es tal vez la más eficaz para emplearla como difusión de los santos ideales que la Iglesia nos enseña.

Muchos, por desgracia, viven apartados de su Parroquia y jamás escuchan la palabra del sacerdote que constantemente señala desde su púlpito las verdades de nuestra fe y el criterio recto de la Iglesia Católica, respecto a las actividades de la vida espiritual y material.

Por eso, el periódico católico, puede llegar a donde no llega la palabra del Párroco, cubriendo un vacío grande y haciéndose oír por quienes no frecuentan las visitas a su Iglesia.

«Religión y Patria» desde hace muchos años procura llegar a todos los hogares de los trabajadores por medio de sus hijos, repartiéndose gratuitamente en las escuelas de Gijón y su concejo. En otros tiempos eran millares de periódicos los que se repartían en Gijón, hoy no llegan a 600 los que mensualmente se distribuyen en la localidad gratuitamente entre los alumnos de las escuelas nacionales y municipales.

La generosidad de quien ve este gran beneficio, nos facilita este reparto dándonos medios económicos para llevarlo a efecto; pero solamente en la población se precisan repartir 900 números más. Y si contamos con el concejo, el reparto tendría que aumentarse a 2.600 ejemplares.

Algunos suscriptores nos ayudan en esta labor de propaganda; pero son muchas, por desgracia, las peticiones que

recibimos de las escuelas, solicitando más periódicos y que no podemos atender.

Piensen nuestros suscriptores y lectores gratuitos, si creen en conciencia, pueden ayudar a la difusión de la prensa católica.

EL PARAISO TERRENAL

Dios, al crear este mundo,
como regalo especial
del cariño paternal
al hombre, creó un fecundo
Paraíso Terrenal.

Lo adornó de bellas flores
y del fruto más variado,
y el río cantó sus rumores
por el eco acompañado
del trino de ruiseñores.

Sitio de amor sin igual,
fue el Paraíso un edén
de placidez inmortal.
No se conocía el mal
y sólo existía el bien.

Un día, el hombre, sumiso
al mandato sempiterno
de Dios, entró en el Paraíso.
¡Que entrara fuera preciso
para cambiarlo en infierno!

Hermenegildo RODRIGUEZ

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Jesús de Nazaret enseña una doctrina de paz y amor entre los hombres. Toda Judea vive días de inquietud y recorren los caminos para escuchar la voz del Maestro.

Los que le han oído, han sentido en su corazón una inefable paz y deseos grandes de seguirle. Sus palabras atrajeron las almas desorientadas.

Los enfermos buscaron en El la salud y encontraron también la fe. Los abandonados vieron en el Nazareno un refugio a su triste soledad. Los pobres sintieron con sus palabras alivio a su pobreza, los poderosos escucharon normas de vida para que las riquezas y el poder no turbaran el camino recto de sus almas.

Todos escucharon con alegría sus enseñanzas y oyeron al Maestro la nueva doctrina que había de redimir al género humano.

La siembra comenzaba. En pos de El, sus discípulos continuarían su obra predicando con cariño la doctrina del amor y de la paz.

Y esa es la misión de quienes tienen el mandato divino de predicar el Evangelio a todas las gentes: enseñar con amor y caridad.

La predicación del Evangelio ha de ser agradable en su exposición para que quienes escuchan la oigan con esa ale-

gría interior que sienten las almas cuando se las dice que son amadas.

Hacer la enseñanza de las virtudes fundamentales de nuestra Religión y narrar sus hechos más importantes sin el amor y la caridad que brotan de todas las páginas del Evangelio, es lograr efectos contrarios. Quienes enseñan, habrán de ser comprensivos con el oyente pecador, duros con el pecado, afectuosos con quienes necesitan de la mano cariñosa que les ayude, aun en medio de sus miserias, sin distinguir entre ellos a unos y a otros con simpatías o antipatías, pensando sólo que ocupan en aquellos momentos el puesto del Maestro de Nazaret que enseñaba a todos y para todos tenía la bondad de su corazón.

Y ¡ay! de aquel que predicando en alta voz a discípulos en centros de enseñanza o en plaza pública, propague el escándalo, calumnie las personas o las cosas santas, y tenga todavía motivos para avergonzarse de no dar él mismo ejemplo de austeridad y bien vivir.

Y quienes tienen autoridad y están obligados a corregir a quienes provocan escándalo, siembran la confusión, o no cumplen exactamente con el mandato de Dios a los predicadores de la verdad, también les alcanza la responsabilidad de estos actos.

Muy necesaria es la propagación de la doctrina de Cristo; pero ésta ha de hacerse en forma tal que quienes la oigan encuentren en ella la atracción a la verdad que Jesús de Nazaret predicaba por los campos y ciudades de Judea. Los distintos pasajes del Evangelio son todos ellos agradables en su exposición y en sus comentarios y su espíritu habrá de infiltrarse en quienes escuchan, siendo esto mucho más importante y necesario que las relaciones de parentesco de tal o cual personaje del Antiguo Testamento.

Mucha discreción se precisa para enseñar, sobre todo en cátedras que al tener carácter obligatorio en los diversos centros de enseñanza, predisponen a los alumnos contra esta clase de asignaturas y es entonces cuando el profesor ha de recurrir a realizar una verdadera labor evangélica, no sólo en la exposición de la doctrina, sino en su comportamiento con los alumnos, para hacerles agradable el estudio y conocimiento de la doctrina del amor y de la paz predicada por Jesús de Nazaret.

No es suficiente predicar las sabias enseñanzas del Evangelio, es preciso que quien hable a los demás aconsejando y orientando, ha de predicar con su buen ejemplo y una intachable conducta pública y privada.

La exposición de las escenas evangélicas, tan simpática en sus motivos, ha de responder a las circunstancias que las originaron, haciendo amena la narración y aplicando las enseñanzas de la misma en forma tal que infunda en los oyentes un ánimo de imitación del bien.

Tengan presente quienes tienen la misión de enseñar, que representan en esos momentos al Maestro de Nazaret en la predicación de la doctrina del amor y de la paz.

Jesús de Nazaret, en sus predicaciones por los caminos de Palestina, enseñaba a todos derramando bondades y extendiendo su mano para perdonar y curar a quienes necesitaban de su amor y su consuelo.

R.

Comentando

LA GRIPE

La señora gripe ha sido una de mis amigas inseparables. No sé a ciencia cierta qué le daría yo, o mejor dicho, qué encontraría en mí, que se me pegó de tal forma, que no me fué posible deshacerme de su molesta amistad ni aun aminorarla con la distancia. Es una señora pegajosa, más bien hecha de goma que de simpatías.

La realidad es que se me unió de tal forma, que la tuve por compañera inseparable durante más de una semana. Salimos juntos de un banquete de fraternidad colegial, y al calor de las aspirinas y de los ponches, me distrajo todo el tiempo que quiso. Yo más bien creo que la que iba alegre en el machito era ella, porque lo que es yo...

¡Oh entrometida entre las más entrometidas! por no respetar ni lo más elemental entre las amistades que se tienen de buena cepa, no contenta con adueñarse de mí descaradamente y de una manera furtiva e indiscreta, creyó conveniente honrar con su constancia y asiduidad también a todos los míos, y en mi casa, todos, amos y servidumbre, tuvimos que soportar su compañía hasta que se quiso ir, quizás a alguna otra

casa donde habrá, de seguro, encontrado mejor y más cómodo alojamiento.

¡Al fin, me he despegado ese aditamento molesto, y los míos conmigo se han visto libres de tan repugnante carga. Ahora parece ser que anda por esos mundos visitando a otras familias. La cuestión es vivir de pegote a costa de quien sea. Se parece a muchos que viven del cuento explotando amistades que no los pueden sufrir, pero que carecen del gesto necesario para expulsarles de su lado. Naturalmente que yo a estos parásitos molestos e inaguantables, que molestan doblemente, primero porque molestan, y segundo porque siempre siguen molestando a sabiendas de que molestan, yo, digo, prefiero la gripe con todas las aspirinas, estornudos, sudores, inhalaciones, calenturas, etc. Eso sí, menos el termómetro. Este es un aparato para mí insoportable, al que le tengo declarada la guerra sin cuartel. Eso de meterme debajo del brazo el aparatito para que se le suba la sangre hasta un número determinado, no lo aguanto. ¡Que se lo ponga Poncio Pilatos!

Al fin y al cabo, con termómetro o sin él, la amiga gripe se va a quedar en casa hasta que encuentre otros sitios en que molestar. Yo por mí, no tengo inconveniente de regalar la gripe con termómetro y todo al primero que lo solicite. Una y otro se compenetran muy bien y se entienden a las mil maravillas. Vayan, pues, juntos a donde les admitan de buena gana. Desde lue-

Solución al Jeroglífico anterior:

"Dar fé"

go puedo garantizar que hay muchísima gente que con tal de ponerse el termómetro, son acaso capaces de desear tener la gripe, aunque no sea más que para que les sirva de disculpa para ponerse a todas las horas el termómetro. El que inventó la gripe y el que inventó el termómetro deben de ser primos hermanos, por lo menos.

HERO

Jeroglífico, por Julio César

6602 A

$$\begin{array}{r} 2 \\ + 2 \\ \hline 4 \end{array}$$

500 NOTA

¿A quién dedicó su vida?



Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado

DE

José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de **Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios** y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6
Junto a la Plaza de la Virgen)

VALENCIA

PALACIOS LIBRERIA
RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa
Sellos de caucho
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, núm. 4 GIJON

ANTIGUA FUNERARIA
— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. P. Vaticano

JOYERÍA-PLATERÍA-RELOJERÍA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

La

Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus Imponentes, y a obra benéfico-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COADONGA

Pola de Gordón (León)